

acuerdo una vez más en favor del innoble personaje, sin corazón ni talento, que por sus vicios les era tan simpático; y cuando desde las gradas de palacio anunció á la multitud «que renunciaba al imperio, de que se había encargado, mal su grado,» se levantaron violentos clamores, que lo obligaron á retirar su abdicación.

Pero la noche reavivó sus temores. Ya al amanecer salió de palacio envuelto en una toga oscura, rodeado de sus sirvientes, hoscos también y lacrimosos, y seguido de su hijo, menor de edad, conducido en una litera. Hubiérase dicho un cortejo fúnebre. Había convocado el pueblo al Foro, y desde lo alto de los rostros, renovó su declaración de la víspera.

«Retirábase, según dijo, por amor de la paz y del bien público, pidiendo por toda gracia que se conservara de él un buen recuerdo; que se tuviera compasión de su hermano y de su mujer y de la edad é inocencia de sus hijos.» Al mismo tiempo les presentó el niño que lo acompañaba. Finalmente, sofocando las lágrimas su voz, sacó su puñal del cinturón en señal de que renunciaba el derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos y quiso entregárselo al cónsul, que no se aprestó á aceptar el peligroso presente.

La soldadesca y la plebe clamó otra vez contra aquel abandono; y viendo luego que Vitelio enderezaba á casa de su hermana, se opusieron á ello resueltamente, diciendo á voz en grito que no una casa privada, sino el palacio imperial era su habitación, y á él y no á otra parte debía ir. Esto diciendo le cerraron todas las bocas calles, dejándole sola abierta ó libre de gentío la Vía sacra que conduce al Palatino. Vitelio volvió al palacio imperial.

Sin embargo, la nueva de la abdicación había cundido, y los principales senadores y la mayoría de los caballeros, los soldados de las cohortes urbanas y de la vigilancia nocturna fueron cerca de Sabino. Un encuentro fortuito puso frente á frente á los dos partidos y fácilmente vinieron á las manos cerca del Quirinal. Habiendo llevado la mejor parte en la contienda los vitelianos, hubo de refugiarse Sabino en el Capitolio, desde donde envió un mensajero á Vitelio echándole en cara la violación de lo pactado. Esta ventaja no había reanimado el abatido espíritu del emperador: se disculpó con Sabino echando la culpa á las tropas, y despidió al mensajero haciéndole salir por una puerta secreta, «temiendo que los soldados mataran, en odio á la paz, al que se hacía su mediador.»

La noche pasó tranquilamente, gracias á una lluvia de invierno que inundó la ciudad; mas por la mañana, asaltaron el Capitolio los vitelianos, sirviéndose de las casas, que desde el ensanche de Roma se habían construido á

bátava fué la que derrotó á los arvernos y á los eduos, que los belgas formaban parte de los auxiliares de Verginio, y añade: *Vere reputantibus, Galliam suismet viribus concidisse*. Había tantos germanos entre los vitelianos, que en el saco de Roma se mataba á todos los jóvenes copulentes, porque una estatua descollada designaba á un bárbaro (*Proceritas corporum*. Tac. *Hist.* V, 14). Las mismas legiones tenían en sus filas muchos provinciales de los distritos fronterizos que habían entrado en ellas después de haber servido en las cohortes auxiliares. En Cremona, la tercera legión llegada de Siria adora al Sol, como si se compusiera exclusivamente de sirios. En el sitio de Jerusalén, hace mil actos de audacia un sirio, un bitinio, etc. (Josefo, VI, 6, 1, 8). Finalmente la desolación de los sirios á la nueva de que las legiones del Eufrates serían enviadas al Rin, prueba las relaciones de todas clases que se establecían entre los provinciales y los legionarios que tenían residencia fija en la provincia. Así estando los ejércitos acampados en la frontera, es decir en los puntos *menos romanizados del imperio*, y reclutándose principalmente al rededor de ellos, debía alterarse poco á poco su carácter y no es de extrañar que acabaran por no tener nada de romanos.

los lados de la colina, y cuyos tejados estaban á nivel del terreno de la antigua fortaleza. Durante algún tiempo los contuvieron los de adentro hostilizándolos con piedras y tejas lanzadas desde lo alto de los pórticos; pero los de afuera arrojaron antorchas encendidas que pegaron fuego á los edificios y fueron ganando terreno con el incendio.

Pero detúvolos luego una especie de trinchera singular: las estatuas de los dioses y los héroes que Sabino había acumulado á la entrada de la fortaleza. Dos ataques de flanco por el bosque del Asilo y por la escalera de las cien gradas que tocaba á la roca Tarpeya, les permitieron desembocar en la explanada.

La lucha fué breve: algunos hombres de corazón lucharon hasta morir; pero los más huyeron pronto para encontrar libres las salidas, lo que no obstó que reivindicaran después el honor de haber combatido por Vespasiano y por el Capitolio. Otros se escaparon mezclándose con los contrarios, cuya contraseña habían sorprendido. Domiciano pasó vestido con una túnica de lino, en medio de los sacrificadores, y se refugió cerca del Velabro, en casa de un cliente de su padre.

Sentado á la mesa en la casa de Tiberio había visto Vitelio el combate, y allí le llevaron prisioneros á Sabino y al cónsul Quinto Atico. Vitelio procuró salvarlos; pero á pesar de sus ruegos, el populacho descuartizó á Sabino y á duras penas pudo escaparse el cónsul.

Entre tanto, el incendio devoraba el Capitolio y el templo del imperio era pasto de las llamas.

Bajo la fe del tratado que se negociaba el ejército vespasiano se había detenido en Otricoli, y allí celebraba tranquilamente las saturnales. Cuando llegó la noticia de lo que pasaba en Roma, tomó rápidamente el camino de la ciudad: Antonio, con la infantería, por la vía *Flaminia*, y Petilio Cerialis, con la caballería, por la vía *Salaria*. Un revés que este último sufrió en los arrabales, embriagó al populacho, que se armó con todo lo que pudo encontrar y acudió ruidosamente á las murallas.

Mucho menos tranquilo Vitelio, bien que ya supiera que su hermano había sofocado el movimiento de la Campania, se trasladó á la curia, donde nada mejor se encontró que hacer que enviar á los flavios una diputación que «les aconsejara la paz y la concordia.»

Antonio recibió á las vírgenes sagradas con los mayores miramientos, y continuó avanzando hasta el puente Milvio, adonde hubiera querido retener sus tropas para evitar un combate dentro de Roma. El filósofo Musonio quiso también detenerlas con su elocuente palabra representándoles el duelo de la patria, etc., pero lo recibieron con grita y todavía hubo de correr riesgo de la vida. La presa era demasiado apetecible para renunciada, y los soldados arrastraron á sus jefes.

Hubo muchos y recios combates en los jardines de Salustio, en el Campo de Marte, y sobre todo en el campamento de la guardia pretoriana, que fué atacado en toda regla con la tortuga, las máquinas y el fuego. Los pretorianos de Otón se encarnizaban allí teniendo á honor volver á ocupar victoriosamente la lucrativa plaza que les habían quitado los pretorianos de Vitelio. Ninguno de estos tampoco pidió cuartel, al asalto del campamento; verdad es que no lo hubieran obtenido. Era, como toda aquella guerra, una rivalidad de soldados, más bien que de emperadores.

Una parte de la población ayudaba á los vitelianos; otra asistía á la batalla, desde lo alto de las casas, como á un combate de gladiadores, aplaudiendo á los hábiles y á los fuertes, burlándose de los torpes ó cobardes, de cualquier

partido que fueran; y cuando una tropa desbandada se ocultaba en las tiendas, la designaban á los soldados.

El populacho y los esclavos seguían el combate recogiendo el botín que los soldados descuidaban en el bárbaro afán de matarse unos á otros, y desbalijando á los muertos. Pero la ciudad era demasiado grande para que se batieran en todas partes, y en los cuarteles no invadidos todavía, cada cual continuaba su vida ordinaria, sus negocios y sus desórdenes: las casas de baños, las tabernas, las mancebías, estaban abiertas y llenas. La desgracia general parecía que sazónaba el placer, y la idea de la patria estaba tan muerta que á nadie inquietaba ni entristecía el sentimiento del duelo público. Algunos días después llegaron de provincias nuevas desastrosas sin turbar tampoco esta indiferencia; nueva prueba de que Roma no era ya Roma y de que el pueblo que la habitaba no tenía ya nada de romano.

Sin embargo, aquellos ciudadanos incapaces de prever y de obrar, y cuyo corazón no se abría ya ni aun al eco de los dolores públicos, supieron muy pronto á su costa, sin hacerse por eso ciudadanos más resueltos, que la cobardía ó la indolencia que aparta del peligro no es la mejor manera de sustraerse de él. Los soldados semibárbaros, que como vencedores recorrían la ciudad, habían al principio asesinado al azar; y cuando las calles estuvieron llenas de cadáveres, cuando la sangre hubo enrojecido las plazas públicas y el pavimento de los templos, registraron las casas buscando á los legionarios de las orillas del Rin: bastaba ser joven y corpulento para ser considerado legionario germano y sin contemplación ni demora degollado. Y después de la sangre, el oro: los miserables denunciaban á los ricos, los esclavos á sus amos; dábase muerte á éstos, como vitelianos, y después se entraba al pillaje. Dion y Josefo hablan de más de cincuenta mil muertos.

A Vitelio no le echaron mano hasta más tarde. «Cuando el desdichado príncipe supo que los flavios estaban en la ciudad, se evadió por detrás de su palacio, con el cocinero y el panadero y se hizo llevar en litera al Aventino á la casa que habitaba su mujer, de donde esperaba huir á la Campania. Pero poseído otra vez de incertidumbres,

otra vez volvió al palacio, cuyo silencio y soledad sobrecojeron su ánimo. Después de divagar por todas partes miserablemente, fué á refugiarse á la habitación del portero, ató el perro á la puerta y la aseguró con un lecho y un colchón.

»Algún tiempo después llegaron los flavios y lo sacaron de su escondrijo. Vitelio les suplicó que respetaran su vida aunque fuera en una prisión, porque tenía importantes secretos que revelar á Vespasiano.

»Pero sin hacer caso de sus palabras que sólo revelaban flaqueza y miedo á la muerte, lo arrastraron á lo largo de la vía *Sacra*, en dirección del Foro, medio desnudo, con las manos atadas por detrás, una cuerda al cuello y la toga desgarrada, siendo miserable objeto de burlas y ultrajes: unos le tiraban de los cabellos por detrás; otros le hincaban en la barba la punta de un puñal para obligarlo á levantar la cabeza y mostrar bien la cara y ver sus estatuas derribadas y el sitio en que había perecido Galba; estos le arrojaban lodo; aquellos lo llamaban beodo, incendiario, asesino y otras mil injurias y contumelias: hasta se le reprochaban sus defectos corporales, porque tenía el rostro rojizo y granulento por el abuso del vino, el vientre voluminoso y una pierna más floja ó menos firme que la otra.

»Así se le empujó hasta las Gemónias, donde le dieron muerte cruel picándolo á punta de espada. Después con un garfio arrastraron al Tiber aquellos miembros palpitantes (1) (21 dic. 69). Fué el último emperador de origen patricio.»

No merecía Vitelio las veinte páginas que le hemos dedicado; pero Calígula, Claudio y Nerón nos han mostrado lo que habían hecho del palacio y del gobierno de Augusto; y era necesario ver, con Vitelio, lo que habían venido á ser Roma y las legiones de César.



Moneda de Vitelio (gran bronce).

## CAPITULO LXXVII

VESPASIANO (69-79).

### I.—GUERRA DE LOS BÁTAVOS (69-70).

Vespasiano vió el fin de dos guerras comenzadas, una bajo el imperio de Nerón, y otra bajo el de Vitelio; guerras que sólo entran en la historia de su principado porque sus generales hubieron de dar los últimos golpes.

El autor de una de estas guerras, Civilis, era de raza real entre los suyos; título ambicioso que se aplicaba entre los germanos á jefes cuyo nacimiento en el seno de una familia respetada elevaba por encima de la masa de los hombres libres. Civilis tenía contra el imperio justos resentimientos: Nerón había hecho matar á su hermano y por poco no perece él también á sus manos. Habiéndolo admitido Galba en su gracia, los soldados del ejército del bajo

Rin lo acusaron de ser cómplice del asesinato de Fonteyo Cábito, y pidieron su muerte. Vitelio lo salvó por segunda vez; pero Civilis juró no cortarse los cabellos hasta vengarse. Cuando Antonio Primo proclamó á Vespasiano en Pannonia, escribió á Civilis que suscitara algún embarazo á las legiones del Rin para evitar que acudieran en auxilio de Vitelio, y el bárbaro aceptó con ardor el empeño: había perdido un ojo en la guerra y se gloria de ello comparándose á Aníbal y á Sertorio; como aquellos caudillos esperaba abrumar á Roma con la espada de sus súbditos.

Al recibir las cartas de Antonio, convocó secretamente á los principales de su pueblo (2), les representa vacilante la Galia, á los germanos, amigos de todos los enemigos de

(1) Suetonio, *Vitell.* 17, y Tácito, *Hist.* III, 68, 85; Plinio, *Hist. nat.* XXXIV, 7; Josefo, *Bell. Jud.* IV, 42.

(2) Los bátavos, fracción del pueblo de los catos, que se estableció en el país de las *aguas profundas*, habitaban parte de las actuales provincias de la Holanda meridional, Utrecht, Güeldres y Brabante septentrional.

Roma, desiertos los campamentos, Italia ardiendo en su enojo y llegado el momento de romper un yugo tan odioso.

Los caninefatos y los frisones, vecinos de los bátavos, entraron en la conspiración, y algunos emisarios fueron á provocar la defección de los auxiliares bretones y bátavos que servían con las legiones, sobre todo la de las ocho cohortes que se habían hecho famosas por su valor en Bedriacum.

En pocos días fueron expulsados los romanos de todos los puestos que ocupaban en la isla que forman el Rin, el Wahal y el Mosa. Una batalla entregó sus armas á Civilis y los remeros germanos le entregaron la flotilla de las legiones, compuesta de veinticuatro embarcaciones: con esto se vió dueño del curso inferior del Rin.

Después de tan ruidosas ventajas, procuró arrastrar la Germania y la Galia: ésta sólo envió algunos voluntarios, pero vinieron más de la orilla derecha del Rin. Dos legiones que intentaron volver á la isla fueron también batidas por la defección de sus jinetes bátavos y la floja resistencia de los auxiliares ubios y treviros: el resto corrieron á encerrarse á la posición de *Vetera Castra*.

Las ocho cohortes bátavas procedentes de Italia, habían llegado ya á Maguncia cuando les dió alcance el mensajero de Civilis, en el preciso momento en que por orden de Vitelio, volvían á tomar el camino de los Alpes. Sin vacilar respondieron al llamamiento de sus compatriotas, y en el camino derrotaron, cerca de Bonn, el tercer cuerpo romano que quiso cerrarles el paso.

Civilis tenía ahora un ejército aguerrido y lo condujo al ataque de las líneas de *Vetera*. El ejército del alto Rin acudió á defenderlas; pero la indisciplina reinaba en sus legiones, cuyos oficiales estaban divididos, siendo unos adeptos de Vitelio y otros devotos de Vespasiano. Sospechando los primeros traición por donde quiera, no sin motivo ciertamente, despojaron del mando á su jefe Hordeonio y se seccionaron: unos acamparon en Gelduba (Gelb), donde por poco no fueron sorprendidos; otros en Novesio (Neuss) y los demás en Maguncia. Sin embargo, se levantó el bloqueo de *Vetera*.

Las noticias de Italia todavía aumentaron la irritación y la indisciplina. En una sedición asesinaron los soldados á su jefe Hordeonio, y Dilio Vocula, á quien pusieron en su lugar ellos mismos, se vió reducido á huir con disfraz de esclavo. Reuniéronse otra vez, y otra vez se desunieron y se separaron. Habían prestado juramento á Vespasiano; sin embargo, dos legiones levantaron de nuevo las imágenes de Vitelio, bien que supieran de cierto que no existía ya; pero poco después las rompieron de nuevo.

Estas incertidumbres, turbaciones y disidencias favorecían los progresos de los bátavos, que tomaron á Gelduba. Civilis tenía un hijo niño á quien ejercitaba en el tiro del arco dándole por blanco prisioneros romanos atados á los árboles del bosque. Otros legionarios fueron enviados en presente á los jefes de la Germania, y muy luego buen número de guerreros germanos pasaron el Rin, cuyas aguas había disminuído una gran sequía hasta el punto de impedir la navegación y formar numerosos vados. Esto hacía decir con jactancia que los ríos, antiguas y poderosas barreras del imperio, bajaban de suyo ante los bárbaros ofreciéndoles fácil paso.

Los cantones lejanos de la Galia se negaban ya á someterse al alistamiento y á pagar el tributo; y cuando llegó la nueva del incendio del Capitolio, todos los ancianos se estremecieron ante un presagio, irrecusable esta vez. Aquel santuario caído les pareció haber sepultado bajo sus ruinas el poderío del pueblo romano; y los druidas que salían de

sus misteriosos retiros decían en alta voz: «¡Llegaron, llegaron los últimos días de Roma, y comienzan los del imperio galo! Ahora toca reinar á las naciones transalpinas.»

Los belgas devotos de Vitelio y enemigos por consiguiente de Vespasiano fueron los primeros que se pronunciaron. Dos treviros, Clásico y Tutor, y un lingón, Sabino, que pretendía descender de César, se entendieron para la liberación de su país. Primero trabajaron á los auxiliares belgas y germanos, y luego á los soldados mismos, representándoles á las tropas de Vespasiano viniendo á marchas forzadas á castigar sus vacilaciones. Con esto, dos legiones prestaron juramento al imperio de las Galias bajo los estandartes que Clásico les dió; resolución inaudita, que no podría comprenderse, si no se supiera que no había ya más que provinciales en las legiones. Los cinco mil hombres encerrados en *Vetera*, y que Civilis tenía sitiados con infantería germana, aceptaron las mismas condiciones. Pero los bárbaros no estaban dispuestos á abandonar su presa. Marchaban los romanos con toda confianza bajo la fe del juramento prestado, cuando á cinco millas de su atrincheramiento se les vinieron encima los germanos. Los que no perecieron en esta primera agresión, volvieron á refugiarse al campamento, pero los bárbaros lo habían ya saqueado; luego lo incendiaron y los fugitivos perecieron en las llamas.

Civilis estaba, al fin, vengado y se cortó los cabellos. Creciendo su ambición con su fortuna, no quiso comprometerse en una causa extranjera, y ni él ni ninguno de sus bárbaros prestaron juramento al imperio galo. Civilis pensaba en otra cosa: quería una vasta dominación cuyo centro fuera su país y Galia y Germania las provincias.

Había entonces entre los germanos una famosa profetisa ó adivina, de nombre Velleda, doncella del país de los brúcteros. Estábase encerrada en una torre allá en el fondo de un bosque y ningún mortal le había visto la cara: sólo un deudo suyo, especie de intérprete de la divinidad, recibía las preguntas y comunicaba las respuestas. Velleda había predicho la ruina de las legiones, y su crédito creció naturalmente cuando se cumplió el oráculo. Civilis, que la había atraído ya á sus intereses, le envió, como presente, un legado de legión hecho prisionero.

En sus proyectos, no siendo ya el Rin una frontera, se destruyeron las fortificaciones que lo guardaban. La ciudad de los ubios, Colonia, se negó á derribar sus murallas y á entrar francamente en la liga; pero de los Alpes al Océano, se incendiaron todos los campamentos, sin dejar subsistir más que los de Maguncia y de Windisch (1). Después se alejó á las tropas. Clásico dirigió sobre Tréveris dos legiones, las cuales obedecieron y avanzaron tristemente en medio de la insultante alegría de las poblaciones gálicas; sólo un escuadrón de jinetes italianos se negó á encerrarse en Maguncia.

En el interior del país había sublevado Sabino á los lingones y tomado el título de César. Pero muchos pensaron que para hacer un emperador, tanto valía un romano como un habitante de Langres: tal fué el parecer de los secuanos (Franco Condado), los cuales, atacados por sus vecinos, los lingones, los derrotaron completamente. Refugiado Sabino en una de sus quintas, le pegó fuego, y se creyó que, como Sacrovir, hubo de perecer en el incendio.

Esta derrota rebajó el entusiasmo y contuvo el celo de los partidarios de la independencia. En una asamblea general celebrada en Reims, los treviros y los lingones ha-

(1) Vindonisa (Argovia) cerca de la confluencia de los ríos Aar, Reuss y Limmath.

blaron enérgicamente en sentido belicoso. Se les echó en cara haber hecho traición á la causa de la Galia, en tiempo de Vindice, y después se preguntó quién conduciría las operaciones, quién daría las órdenes y tomaría los auspicios. Después de la victoria ¿dónde se establecería la silla del imperio?

Así, antes de la lucha, surgían ya las disidencias: ¿qué sería después del triunfo? Eran ya demasiado romanos para comprender otro régimen que el imperio, y también demasiado galos para olvidar las rivalidades que hacían imposibles sus proyectos.

Por otra parte, Civilis y sus germanos se mantenían aparte de una manera amenazadora. «¿Preferís, decían los remeros, preferís al título de ciudadanos romanos el de súbditos de los catos ó de los brúcteros?» La asamblea, pues, escribió á los treviros «en nombre de la Galia,» que depusieran las armas.

Este abandono no desalentó á las ciudades rebeldes; pero los jefes estuvieron por debajo de su misión. Civilis perdía el tiempo en perseguir á un deudo suyo á quien los celos habían lanzado al partido romano y que lo atacaba con auxiliares tongros y nervios. Clásico gozaba como en plena paz las dulzuras del mando, y Tutor no tomaba disposición ninguna para ocupar los pasos de los Alpes. Cuatro legiones los franqueaban en aquel momento al mando de un hábil general, Petilio Cerialis, y el mismo Mucio iba á seguirlo con los hijos menores de Vespasiano, que era prudente alejar de Roma. Otras dos legiones estaban para llegar de España, y se había llamado también de la isla de los bretones la 14.<sup>a</sup> «¡Siete legiones sobre nuestras cabezas!» exclamaban los remeros con espanto. Tutor salió al encuentro del cuerpo que desembocaba por la Helvecia. A vista de las águilas, sus legionarios se pasaron á los romanos, y Tutor retrocedió; pero se dejó sorprender en Bingen. Esta derrota separó á Maguncia y todo el valle del Rin hasta *Vetera*. Las legiones acantonadas en Tréveris, más bien prisioneras que rebeldes, restablecieron sin demora en sus estandartes el nombre de Vespasiano, y despidiendo Cerialis desdeñosamente á los auxiliares galos, porque el imperio solo, decía, se bastaba para vengar sus agravios, marchó contra el último ejército que defendía la ciudad de Tréveris.

Cerialis dispersó muy luego aquel ejército é hizo prisioneros á sus jefes. Con tanta moderación como habilidad, el general romano abrió su campamento á las antiguas legiones del Rin y prohibió que se recordara lo pasado. Los soldados querían saquear á Tréveris, pero Cerialis no lo consintió.

«Nuestros padres, dijo á los treviros, no vinieron á la Galia sino para poner término á vuestras discordias y salvaros de la opresión de los germanos. Por premio de nuestras victorias sólo os pedimos los medios de manteneros en paz. Mas para tener paz es preciso tener soldados; para tener soldados es preciso un sueldo y para este sueldo hay que pagar tributos: lo demás es común entre vosotros y nosotros. Con frecuencia, vosotros mismos mandáis nuestras legiones y gobernáis nuestras provincias. Ningún privilegio hay para nosotros; ninguna exclusión para vosotros. Si tenemos buenos príncipes, á pesar de vuestro alejamiento, sentís, como nosotros, sus beneficios, y si son crueles, los más próximos somos los que más sufrimos... Por ventura, sujetos á Clásico y á Tutor ¿tendríais que pagar menos impuestos? Que desaparezca el imperio romano, ¡no lo permitan los dioses! y no veríais sobre la tierra más que la guerra universal de las naciones. Ocho siglos han sido menester, ocho siglos de trabajo, de disci-

plina y de constancia, para levantar ese coloso, que no puede caer sin aplastar al mundo bajo sus ruinas. Amad pues la paz, amad á esa Roma que abre los brazos así á los vencedores como á los vencidos.»

Estas palabras eran verdaderas y debían resonar de uno á otro extremo de la Galia. Los lingones fueron los primeros que se sometieron.

A pesar de todo, procuró Civilis todavía falsear la fidelidad del romano, y al intento le escribió diciendo que había muerto Vespasiano, que Roma y toda Italia ardían en guerra civil, que Mucio y Domiciano carecían de autoridad y de fuerza. Y añadía que si Cerialis aceptaba el im-



Vespasiano (1)

perio de las Galias, él y sus bátavos se contentarían con ser libres en su propia tierra.

No habiendo contestado Cerialis á esta confidencia, vinieron los aliados en son de guerra y pusieron momentáneamente el ejército en peligro; pero al fin sufrieron una sangrienta derrota, que determinó la defección de Colonia.

Los habitantes de esta ciudad pasaron á cuchillo á todos los germanos que entraron en sus muros, y después de haber embriagado en Tolbiacum (Zulo) una cohorte de caucos y frisones, la mejor tropa de Civilis, pegaron fuego á las casas y la quemaron toda. Al mismo tiempo llegaba la legión de Bretaña y sometía á los nervios y tongros.

Civilis veía desvanecerse sus grandes designios: el ambicioso estaba desengañado; el patriota esperó aún. Para cubrir su isla de los bátavos, intentó inútilmente defender

(1) Estatua encontrada cerca de Roma (Escamps, *op. cit.* número 77).

la posición de *Vetera*. Forzado en esta plaza se retiró al lado del Wahal, condujo á él la masa de aguas del Rin cortando el dique de Druso que la llevaba al Lech y al Ysel, y con ciento trece senadores ó decuriones treviro fué á solicitar de las tribus germanas que hicieran un poderoso esfuerzo.

En su ausencia pasó Cerialis el Wahal; pero estuvo en riesgo de ser apresado en una sorpresa: los germanos llevaron en triunfo por el Lippe, á la adivina Velleda, la galea pretoriana, de que se apoderaron en esta función. Las lluvias de otoño y las consiguientes inundaciones sirvieron mejor la causa de los insurrectos. Sin víveres, sin abrigo, en un suelo pantanoso, los romanos llegaron á cansarse de esta lucha. También los bátavos estaban cansados de la turbulencia de los germanos y de la autoridad que se atribuía Velleda, y en esta disposición de ánimo debían acabar por entenderse. Los dos caudillos tuvieron una entrevista en un puente del Wahal, cortado por la mitad. Civilis obtuvo el derecho de vivir tranquilo en medio de los suyos, y los bátavos, libres de todo tributo, no tuvieron más que suministrar auxiliares, cuya justa fama había aumentado esta guerra sostenida contra el imperio. Civilis no había ganado en este empeño más que un nombre ilustre, pero su patria era libre.

La insurrección de las dos provincias galas de Bélgica y Germania había fracasado: sus caudillos estaban muertos ó fugitivos, y una severa indagación, ordenada por Vespasiano en todas las ciudades, alcanzó á los que no habían perecido en el campo de batalla. Los treviro fueron castigados con la pérdida de su libertad (1).

Uno de los caudillos, sin embargo, y por cierto el más comprometido, Sabino, se escapó. Después del incendio de su quinta hubiera podido huir fácilmente hasta el fondo de la Germania; pero le faltó valor para alejarse de Eponina su joven esposa, y se retiró á un subterráneo, cuya entrada sólo era conocida de él y de dos libertos de su íntima confianza. Se le había creído muerto y Eponina, que estaba en la misma creencia, dió muestras del más profundo dolor. Por espacio de tres días rehusó todo alimento; pero advertida misteriosamente de que su esposo vivía, disimuló su júbilo bajo su luctuoso traje, fué secretamente á verlo y acabó por vivir con él en el subterráneo. Al cabo de siete meses, con la seguridad de que se había aplacado la cólera de Vespasiano, Eponina hizo el viaje á Roma con su marido disfrazado de esclavo con ánimo de implorar la imperial clemencia.

Algunos amigos fieles les advirtieron á tiempo que no había nada que esperar de Vespasiano y sí mucho que temer; y con esto hubieron de desandar el camino y volver á la Galia. El proscrito se encerró otra vez en su retiro y en él permaneció por espacio de nueve años; pero al fin descubierto, fué conducido á Roma, donde Vespasiano lo condenó á morir.

Eponina había seguido ahora también á su esposo y posttrándose á los pies del príncipe: «César, le dijo en lágrimas mostrándole sus dos hijos, los concebí y amamanté en los sepulcros para que fuéramos más los suplicantes que imploramos perdón de rodillas á tus plantas. ¡Oh César! perdona al padre de mis hijos.» Los circunstantes lloraban y Vespasiano también; pero continuó inflexible.

(1) Desde esta época desaparece de la historia el nombre de los druidas; pero se encuentra con mucha frecuencia el de las druidesas. El año 234 predijeron la muerte de Alejandro Severo; el 273 las consultó Aureliano para saber si el imperio pasaría á su posteridad prometiendo ellas á Diocleciano. Las druidesas eran de esas embaucadoras que entre otros engaños decían la buena ventura. Sin embargo Ausonio contaba un druida entre sus mayores.

Entonces se levantó Eponina y pidió sólo que se le permitiera compartir la suerte de su esposo, ya que no lo podía salvar. Y añadió en su despecho: «En las tinieblas, debajo de la tierra he sido más feliz que tú en las alturas del poder.» Por fin, fué escuchada. Plutarco encontró en Delfos á uno de sus hijos, el cual le contó esta dolorosa y conmovedora historia.

Vespasiano podía sin peligro mostrarse clemente. La Galia se resignaba á mostrarse romana. Bien conservaron algunos patriotas el recuerdo de aquella bandera que ciento veinte años después de haber sido derribada por Julio César, bajo los muros de Alesia, había reaparecido de repente y flotado sobre sus cabezas «para el imperio de las Galias:» pero no hay que exagerar su número ni la importancia de la guerra que acabamos de referir. Se había sostenido principalmente por un pueblo más germano que galo, por un hombre cuyo pensamiento no estaba consagrado á la Galia; y aquellas tropas romanas que hemos visto sitiadas y vencidas, no eran sino los depósitos de las legiones llamadas á Italia. En cuanto éstas aparecieron, todo se calmó. La masa de las naciones transalpinas no había respondido á un llamamiento que no comprendía y las que habían tomado las armas volvieron fácilmente á las vías pacíficas adonde ha poco las llamaba Cerialis. Restablecido por completo el orden en el interior, y no amenazando, á lo menos todavía, el peligro de la invasión exterior, vino entonces un siglo de prosperidad que se cuenta entre las dichosas edades del mundo y se llama el siglo de los Antoninos. La Galia contribuyó con algo, como quiera que dió, sino el más hábil, á lo menos el más respetado de estos príncipes, Antonino el Piadoso, padre adoptivo de Marco Aurelio.

## II.—GUERRA DE JUDEA (66-70)

Hemos de pasar ahora al otro extremo del imperio, donde terminaba una guerra menos peligrosa, pero más difícil, que ha quedado como uno de los más grandes hechos de la historia, porque en ella pareció morir un pueblo entero.

Los últimos momentos de este pueblo ofrecen, por otra parte, á la sicología histórica un curioso asunto de estudio, por el extraño estado moral en que los judíos se encontraban entonces, especie de embriaguez ó de locura divina que produce la exaltación religiosa y hace esperar contra toda esperanza. Es un fenómeno que reaparece en las épocas de fermentación religiosa, con la misma mezcla de abominable crueldad y abnegación sublime, de pasión que oscurece la conciencia y turba la razón y de ardiente fe que del mismo hombre puede hacer un verdugo ó un mártir. Y sin embargo, por terrible que á veces sea este espectáculo, sufre en él menos el alma que en presenciar innobles apetitos que nos ha sido preciso mostrar.

Muchas veces hemos hablado de los judíos en esta historia, en los tiempos de Pompeyo, de César y de Augusto: vimos cómo sembraron en todo el Oriente y hasta en Italia sus colonias, sus sinagogas y su creencia en un Dios único, que falseaba la ya vacilante autoridad de los dioses paganos y preparaba las vías á la doctrina de Cristo.

Augusto había hecho del rey Herodes su amigo, ó más bien el instrumento de sus designios en aquella parte del Oriente. Después de la muerte de este príncipe, pidieron los judíos al emperador que se agregara la Judea á la provincia de Siria. El emperador prefirió dejar subsistir un gobierno nacional que le quitaba el cuidado y embarazo de una ocupación militar, y Arquelao recibió la corona de su padre. Pero al cabo de diez años, acusado por sus mismos

subditos el nuevo rey, fué desposeído, sin oírlo siquiera, y quedó entonces la Judea sometida á los procuradores (6-37).

Un capricho de Calígula restableció el antiguo reino. Un nieto de Herodes, Agripa, se había atrevido, en vida de Tiberio, á hacer la corte al joven Cayo. «¿Cuándo llegará el momento, hubo de decirle una vez, en que ese anciano se vaya al otro mundo y te deje á tí amo y señor de éste?» Alguien refirió estas palabras al adusto emperador; y cuando un magnate de Roma hubiera pagado con la vida semejante imprudencia, el príncipe judío libró con una prisión bastante ligera. Calígula, sin embargo, tuvo en cuenta á su amigo el peligro que había corrido y á su advenimiento le dió la corona de Judea y una cadena de oro tan pesada como los hierros que había llevado.

El favor de Claudio acabó tan inesperada fortuna agregando á su reino nuevas provincias, y así vino á reunir por última vez todo lo que Herodes el Grande había poseído. Pero á su muerte (44) su hijo Agripa, demasiado joven para sucederle, no tuvo más que una tetrarquía, y la Judea y la Samaria volvieron á entrar en el régimen de los procuradores, que nominalmente subordinados al gobernador de la Siria, estaban en realidad investidos de una autoridad independiente.

Ninguna provincia tenía entonces tanta necesidad de la mano firme del imperio como aquel desgraciado país, devorado hacía muchos años por esa incurable anarquía que anuncia los últimos días de un pueblo. No había ya ningún lazo social ni fuerza pública: todos los días se asesinaba en las calles de Jerusalén, hasta en el templo, en medio de la multitud y durante las fiestas solemnes (1). Los caminos no estaban seguros ni aun para los enviados del emperador, y los que Josefo, el amigo de los romanos, llama bandidos, magos, embaucadores, pero la multitud llamaba profetas, Cristos suscitados por Jehovah, formaban bandos tan numerosos como un ejército.

No todo el mal provenía de la falta de un gobierno enérgico. El espíritu profético era el alma de aquel pueblo. Muy hábiles para manejar los intereses privados y acrecentar en el tráfico su hacienda, los judíos perdían tierra, cuando era menester elevarse á las ideas generales. La ciencia que exige razón fría, el arte que supone estudio de la naturaleza, el sentimiento de las relaciones y la armonía de las proporciones, fueron siempre cosa extraña para ellos. Los Apocalipsis, á que se habían aficionado en su roce con los mazdeítas durante su cautividad, habían venido á ser su gran forma literaria. En los momentos de crisis expresaban así todo lo que se siente, se ama, ó se espera. El Apocalipsis de San Juan es la más alta expresión y ha quedado como el modelo de esas obras simbólicas en que el *Vidente* refiere los secretos del Abismo, revela los decretos del Altísimo y anuncia á los poderosos de la tierra los castigos que les aguardan.

Muchos lo habían precedido y muchos también lo siguieron: era un género literario de origen pérsico, que ofrecía grandes recursos al poeta y al creyente. En la *revelación*, enviada á las siete iglesias del Asia, el apóstol continúa, contra los enemigos de la nueva Sion, contra «la gran prostituta que embriaga á las naciones con el vino de su fornicación», la misión revolucionaria de los antiguos profetas contra los reyes impíos y los perseguidores de Israel. Imita sus procedimientos, copia sus más terribles imágenes, y con sus palabras ardientes, con la mezcla de visiones

(1) De esta manera degollaron á Jonatán, gran sacrificador, y no pasaba día en que no mataran á muchos de la misma manera. Eran asesinatos religiosos. Josefo, *Bell. Jud.* II, 23.

sublimes y de invenciones extrañas, con sus descripciones de riqueza oriental y adorno bárbaro halagaba la imaginación enfermiza de las razas meridionales.

Escrito entre la muerte de Nerón y la caída de Jerusalén, este Apocalipsis no ejerció ninguna influencia en la sublevación de los judíos; pero ayuda á hacer comprender el estado de los ánimos en un pueblo cuya inteligencia á la vez estéril y demasiado fecunda, llegaba en aquel momento, á fuerza de miserias, á los más místicos delirios. Como el alma afligida por el dolor, habían venido á ser supersticiosos y tímidos bajo la pesadumbre del infortunio: todo los espantaba; todo también les hacía esperar; y pasaban incesantemente del abatimiento á la confianza, del amor al odio. Después de haber llamado á la dominación romana, la rechazaban; después de haber dejado cien veces que se desmembrara su país y se repartiera su población, como mísero rebaño, á discreción de los compradores, no hablaban ya sino de independencia nacional, resueltos á morir por ella.

Creían siempre en su santo templo y cumplían los ritos exteriores de su culto. Pero viendo que su doctrina tan pura, que su moral tan bella no los había podido salvar y que era preciso obedecer, ellos, el pueblo de Dios, la raza escogida, al pueblo cuyos ídolos había flagelado Isaias, se aferraron con toda la fuerza de la desesperación á la única esperanza que les quedaba, al advenimiento del Mesías. Bien les decían los cristianos que el Mesías que esperaban había venido ya, que comenzaba su reinado y que había llegado su ley hasta la misma corte de Nerón. Pero en la sagrada víctima enclavada en la cruz del Gólgota, no querían ver ellos al Salvador que había de darles la libertad con el reinado del mundo, y seguían esperando, escuchando cualquier voz que sonaba siguiendo al primero que les decía: «Venid y ved.»

«En ninguna parte, dice el historiador Josefo, que vió por sus ojos los sufrimientos que refiere, en ninguna parte prosperaban como allí los impostores; fueran lo que fueran, creíanse á pie juntillas sus promesas: ellos y los bandoleros se repartían el país. Engañando al pueblo algunos impíos bajo un pretexto de religión, los arrastraban á las soledades donde les decían que Dios les haría ver con señales manifiestas que quería emancipar de la servidumbre á la raza de Abraham. Un pseudo-profeta egipcio llegó á seducir al pueblo de tal modo, que reunió hasta treinta mil hombres en el monte de las Olivas: á su voz debían derrumbarse los muros de Jerusalén y huir espantados los romanos (2).»

Otro les prometía la libertad y el remedio de todos sus males, si querían seguirlo al desierto. Quién invitaba al pueblo á subir al monte Garizim, donde le mostraría los vasos sagrados que Moisés había escondido allí; quién ofrecía separar las aguas del Jordán para pasar á pie enjuto ellos y los que en él creyeran (3). Otros, al contrario, se inspira-

(2) *Bell. Jud.* II, 23. Al dispersar aquel gentío hubieron de perecer muchos, pero el impostor huyó incólume y no se supo lo que fué de él. Por eso cuando algún tiempo después, llevaron los judíos á San Pablo ante el tribuno para que lo condenara, preguntó al Apóstol: «¿No eres tú el impostor egipcio?» (*Act.* XXI, 38). Para los judíos, era Egipto el país donde se aprendía á hacer milagros (Derenbourg, *Hist. de la Palest. según los rabinos*, p. 203, n.º 2).

(3) *Ant. Jud.* XX, 5. Josefo habla más adelante (XX, 7) de un judío cipriota que se daba por mago. Se presentó como profeta (*Bell. Jud.* III, 7, 9) creyendo sin embargo en la hechicería: «Salomón, dice (*Ant. Jud.* VIII, 2), había encontrado el medio de lanzar los demonios, y este medio es aún muy usado entre nosotros. He visto un judío llamado Eleazar, el cual libró á algunos posesos en presencia de Vespasiano, de sus hijos, de los tribunos y soldados. Acercaba á la nariz del energúmeno un anillo en el cual había engarzada cierta raíz de que se servía Salomón para el mismo objeto, y luego que el poseso respi-